

**Sylvie Durán Salvatierra**

**Notas a Yazmín Ross, *in memoriam***

Ministra de Cultura y Juventud, Costa Rica

[sylvie.duran@gmail.com](mailto:sylvie.duran@gmail.com)



Hace apenas una semana, fue la clausura de mi primera Feria Internacional del Libro sin Yazmín. Primera porque me ha tocado acompañar las últimas tres desde el Ministerio de Cultura y Juventud, y aunque esta me pareció más linda que otras veces, por abierta y amigable, resultó

también más triste sin la figura liviana y el sombrero de Indiana Jones de Yazmín detrás de los ventanales del Cuño. Y sin sus risotadas debajo del sombrero. (Sentada en la zona de comidas con un cafecito, no logré recordar una sola vez en que haya visto a Yazmín sin una sonrisa).

Una Feria y casi cinco meses sin Yazmín, una cómplice de una década. Hermana en reflexiones y condiciones variadas que, de fondo o superficiales, nos hicieron estar cerca: desde el interés por la música centroamericana y las vicisitudes de la gestión cultural independiente a nuestras edades cercanas o nuestra domesticidad más bien laxa y desenfadada. O nuestro buen tino para encontrar compañeros que además de cocinar bien para equilibrar el desenfado, quieren bien y son pares en las causas de la vida. Cercanas en algo como la experiencia de ser pelilargas con melenas “de penitente”, algo que puede parecer muy banal pero que como sabemos las que las hemos tenido, es un tema.



En la Feria, me encuentro a Ruth Angulo, esta mujer talentosa, delicada y dulce, capaz de inventar mundos completos con sus ilustraciones de colores, co-creadora con Yazmín y otros talentos, de los libros hermosos de Pachanga Kids y me dice: “Creo que pocos sabían todo lo que hacía Yazmín y cuán versátil fue en su trabajo. Quienes conocen nuestros libros para niños no necesariamente sabían de su trabajo en música o de su obra como novelista y periodista ... Y yo no hubiera conocido a tanta gente con la que hoy trabajo si no hubiera sido por Yazmín.”



Efectivamente, Yazmín era una mujer de talentos múltiples: periodista, novelista, guionista, editora de libros, promotora musical. Cronista en múltiples medios como *La Jornada*, *El Financiero* y *Proceso* en México, *Brecha* en Uruguay y *El Espectador* en Colombia, autora de *La flota negra* y del guión del documental *El barco prometido*. Además, mamá hiperatenta y compañera de Luciano, este hombre querido, grande y madrugón al que acompañan en el “sin consuelo”, todo el equipo-familia que formó Rio Nevado, Ojalá, Papaya, Pachanga. Aventureros nómadas de grupo que eligieron enamorarse y quedarse aquí con nosotros y regalarnos su talento y don de gentes.



Mientras pienso en Yazmín, me cruza el homenaje a Fidel Gamboa que acabamos de hacer también en la Feria. Recuerdo su muerte como el cierre de una trilogía triste que nos sigue creciendo: Andy Palacio, el cantautor y líder del Garifuna Collective que se nos fue en diciembre de 2008, Salvador Cardenal del Dúo Guardabarranco de Nicaragua, al que recuerdo como parte de mi banda sonora desde el final de la adolescencia, que se nos fue poco después, en marzo de 2010 y Fidel Gamboa –el del canto nicoyano innovador, líder de Malpaís– en agosto de 2011. Todos apenas rondando los 50 años.



Se les sumó, con apenas un poco unos años extra, Guillermo Anderson en 2016 y nuestra Yazmín este 2017. A todos los conocí en una misma época de aventura musical de la región en formato CD cuando se abrió una veta de encuentro entre nuestras músicas que nos llenó de ilusión.

Me pregunto cuándo y cómo vamos a tener 4 duendes de ese calibre y una maga como Yazmín en una misma generación mesoamericana recordándonos quiénes somos a través de tanta obra. Mal de pequeña escala: cómo parir o adoptar magos más a menudo. Y además, qué hacer cuándo se van tantos juntos. La voz y la producción de los que trabajaron con ellos nos promete que nada se acaba porque quedaron marcados e inspirados. Y esa, me parece, es escuela de Yazmin.

Porque retomo el hilo de Yaz (“me gusta que me digan Yaz porque suena a música”) y me lleva consistentemente a otros. Me pregunto por qué. Posiblemente porque un eje conductor y central de su trabajo fue su generosa manera de crear espacios con otros y para otros: desde el modo en que asumió el recuento de la historia afrodescendiente a la materialización del aullido luminoso del coyote enamorado de la soledad de don Max que termina rodeado de sus vecinos. Todo esto en el mar que se puede azucarar. Historias y espacios de producción compartidos, convertidos en objetos-libros de colección y culto y pequeños tesoros para guardar en el corazón.

El punto me hace recordar que cuando se baila la punta garífuna –una expresión de novenario aunque nos haya llegado por la vía comercial como música de veraneo–, se hace con el movimiento circular de cada danzante sobre su propio eje y, a la vez, de su cuerpo con respecto a la pareja con la que se sale a bailar. Ambos bailan en el centro de otro círculo más, formado por las personas presentes que entran y salen bailando del mismo modo.

Porque, como ella misma explicó sobre *La flota negra*: “Mi interés fue escribir una historia contada por mucha gente.” “Esta historia –dijo– ha estado a retacitos, solo había que investigar y después sentarse a escribirla. Me puse a rescatar la vaguedad del recuerdo que se tiene de él (Garvey).”

Esa circularidad refiere al Universo y a la continuidad de las líneas familiares y de los propios de la comunidad, a la asistencia mutua aun en una población de alta migración que ve a sus hijos repartirse desde Triunfo y el resto de la costa hondureña a Nueva York, Australia o el Pacífico. Como tantas formas tradicionales, se trata de expresiones que renuevan los lazos de su gente, atravesando el tiempo y la distancia.



Por eso, cuando aparece la muerte, a menudo pienso en la cultura garífuna. Una cultura que no vive la muerte como una pérdida sino como un proceso de trascendencia ante la que se recrean vínculos en otra dimensión. Según la cosmogonía garífuna, el “seiri” es el panteón donde habitan los ancestros que nos acompañan en la vida cotidiana y en rituales como el *Dügü* o la punta que se les da como ofrenda para facilitar su paso al otro mundo. Cuentan algunos que los mayores – cuando sentían la muerte próxima– bajaban del lecho a tenderse en el suelo a recibirla. Y que el “seiri” queda en el firmamento, donde se oculta el mar.

Confieso que el nivel de desapego que expresa la cultura garífuna me sobrepasa y que no logro dejar de sentir que Yaz se nos fue en un día prematuro, un abril equivocado. Y aunque entendí con la muerte de mi madre que es tanto lo que queda de las personas cercanas y significativas que nuestra conversación con ellas sigue, tanto como la sensación de que nos cuidan desde otras veredas del ser; también me consta que lo que verdaderamente falta y es insustituible –su abrazo, su presencia– es un vacío casi cósmico.



No conozco el detalle de todos los hilos que conectan nuestros Caribes. No sé cómo se une el nuestro centroamericano con Veracruz, donde nació Yazmín. En mi bitácora personal –y la de muchos, seguramente– la Yaz que se hizo nuestra hace casi 30 años “por amor a la lluvia y a lo que nace con ella” es ahora uno de esos hilos y somos, para siempre, invitados a la danza-círculo con ella.

Doy un par de vueltas en el espacio y la memoria pensando si es apropiado compartir este breve rosario de golpes del recuerdo que me viene al espíritu; o si debería –oficiosamente– intentar un homenaje más estructurado de su obra, su talento o su compromiso con tantos temas de los que fue activista. O, más difícil aún, intentar restituir su buen humor o la resiliencia de su vocación por generar cosas hermosas y sensibles para los demás. Al cariño y al duelo cercano le resuelven poco el protocolo formal o el deber ser. Ante la muerte, me parece, se hace lo que más se siente.



Leo que la prensa mexicana dijo, ante su pérdida, que “en el ámbito cultural costarricense gozó del respeto y la estimación por su calidad humana y la rigurosidad de su trabajo”. Pues sí. Así es. Con esas palabras precisas o con otras, como estas, que divagan en círculos homenajéandola también.

Por eso y tanto más, Yazmín, mientras nos encontramos en el cuento de la otra vereda, te extrañaremos mucho. Y solo de a poco, vendrá la certeza y el consuelo, de saberte siempre cercana en nuestro horizonte de referencias e inspiración, allí en el firmamento, donde se oculta el mar.

